

CAPITULO XXI.

Combates de la Cruz contra la fuerza material.

En un mundo perverso que esclavizaba todo lo que podía existir, la fuerza material, celosa de su imperio, debía irritarse la primera contra el nuevo poder que venia á disputárselo. Su primer triunfo fué el suplicio de la cruz, triunfo desgraciado para ella, que no hubiera jamas deseado si hubiese previsto las consecuencias, y que le hizo sentir que toda su energía no era mas que una energía brutal sojuzgando por la muerte pero debilitándose ante la vida. Sin embargo, ella no perdió todavía el ánimo, y cuando vió una generacion de nuevos combatientes germinar de la sangre de la cruz, esperó ahogarlos en esa sangre regeneradora. En vano por la boca de Gamaliel hizo oír la Sabiduría su voz; los apóstoles, como hemos visto, fueron echados, aprisionados, atormentados y ajusticiados. Estéban el primero, espiró apedreado por los judíos; Santiago, hermano de Juan, fué condenado por Herodes á perecer por el filo de la espada; y Santiago el menor, á quien los fariseos precipitaron desde lo alto del templo, acabó de morir bajo el mazo de un batanero. Esto no era mas que el prelude del combate, el principio de los dolores. Muy pronto, como dice Bossuet, un interes mas grande va á remover una máquina de mayor tamaño. El imperio romano, esta encarnacion del mundo antiguo, esta última con-

secuencia del abuso de la libertad, este establecimiento definitivo del dominio de la fuerza sobre las almas embrutecidas por el vicio, en el momento en que acababa de cerrar el templo de Jano, donde Augusto habia recibido los últimos suspiros de la libertad agonizante, se apercibió de que las almas se revelaban, que sacudían sus cadenas, que encontraban un punto de apoyo bastante sólido para mantenerse en pié y reorganizar una resistencia que en lo de adelante podia creer imposible. Un dominador universal habia sido prometido por el Oriente, y los ecos del mundo repitiendo por todas partes esta promesa, hacían temblar sobre su trono á la ciudad reina de los pueblos. ¿Qué porvenir la esperaba? Iba á perder la inmensa herencia, fruto de su paciencia política, de la sangre de sus soldados, de la habilidad y del valor de sus grandes capitanes? ¿Iba, en el apogeo de su gloria, en medio de sus triunfos á sufrir los tristes destinos que le anunciaban siniestras predicciones? “Roma altanera, decia la Sybila, el castigo caerá sobre tí desde lo alto de los cielos; tú la primera doblarás el cuello, tus cimientos serán destruidos; se hundirán tus murallas, tus hijos perecerán y el fuego te consumirá.” Durante algun tiempo pudo Roma despreciar estos rumores, sonreirse de estos oráculos: otros mas antiguos y mas grandes le habian prometido un imperio eterno; pero cuando arrojando una mirada sobre sus vastas provincias vió por todas partes á sus hijos y á sus súbditos repudiar su religion, sus instituciones, sus costumbres; cuando hubo advertido que invadian su propio seno hombres nuevos cuyos principios le atacaban al corazon y que se decían los soldados de un nuevo rey; entonces ella levantó su brazo de gigante y quiso aplastar á estos enemigos inesperados: el Senado, el pueblo, los emperadores decretaron, segun la espresion de Orígenes, que no hubiese cristianos.

Ellos imaginaban por el hábito y la esperiencia de su poder, que nada debía existir sin su permiso, y que un decreto suyo era una sentencia de muerte indubitable. Hacia mucho

tiempo que el Senado por sus edictos habia prohibido las religiones extranjeras; y poco antes el elegante y voluptuoso Mecenas habia propuesto á Augusto un reglamento para proscribir las novedades que sin duda podrian turbar su bienaventuranza. Todo culto hasta entonces habia sido dócil á sus órdenes, y si alguno se atrevia á dirigirse al imperio era humildemente, en la actitud de un vencido que demanda gracia. El que hoy viene se presenta con autoridad, y cuando se le disputa su derecho, él se alza sobre sus contradictores y les incita á inclinarse en su presencia. "Yo soy la obra de Dios, les dice, y vale mas obedecer á Dios que á los hombres." A esta resistencia inesperada, á esta actitud soberana, Roma tembló de cólera como un orgulloso vencido, como un hombre altivo, cuyos mandatos son por primera vez desobedidos, y muy pronto se hizo oír por todas partes un prolongado grito de muerte: *¡ Los cristianos á las bestias! ¡ Qué se degüelle á los cristianos! ¡ Cómo no temblar por la suerte de estos hombres débiles y desarmados entregados al furor de un pueblo feroz, acostumbrado á respirar el olor de la sangre, y cuyas fiestas y placeres eran horribles matanzas? ¿ No era de temer que se hiciese un juego de derramar una sangre aborrecida y reputada como infame...? Es imposible leer la historia de estas persecuciones, sin sentirse penetrado de horror; y si los escritores contemporáneos, y los mismos gentiles no estuviesen unánimes en la narracion que nos han hecho, si no se conociese el espíritu bárbaro de Roma, y si otros acontecimientos todavía recientes no nos hubiesen hecho saber desgraciadamente las atroces crueldades que pueden producir el furor delirante de los ánimos, acaso hoy rehusariamos creer lo que ha dulcificado nuestras costumbres el Evangelio, y que un pueblo entero ha podido pedir á gritos el suplicio de hombres inocentes, y formarse una distraccion de los tormentos inauditos, de los refinamientos de barbarie que inventaban, para decuplicar sus sufrimientos, los verdugos encarnizados!*

Entrad, entretanto, en una ciudad pagana de esa época, y dirigios á la plaza pública. Allí, bajo una galería cubierta y sobre un tribunal elevado, preside un magistrado á quien rodean sus oficiales, y los lictores que llevan hachas y fasces de varas, especie de soldados verdugos, siempre dispuestos á ejecutar sus órdenes. Cerca de ellas están las uñas de bronce, los braseros candentes, las cruces, las parrillas, los potros y las planchas ardientes, el plomo derretido, el aceite hirviendo, todos los mas espantables instrumentos del suplicio. Una multitud amenazadora y furiosa invadía esta plaza arrojando aullidos siniestros. ¿ Qué quieren? ¿ Para qué son esos horribles preparativos? ¿ A qué ese inmenso concurso? Los soldados aparecen á lo lejos; ellos traen á un anciano de cabellos blancos, una jóven tímida, un adolescente apenas salido de la infancia, un hombre del pueblo, un pobre esclavo; y detrás de ellos, marcha un grave filósofo, sobre cuya frente brilla el sello de los grandes y nobles pensamientos santificados por la uncion del sacerdocio. Se les conduce al pié del tribunal: "Sacrificad á los dioses inmortales protectores de la patria," dice el magistrado. "Nosotros no reconocemos sino un Dios Eterno y soberano que ha criado el cielo y la tierra.—Maldecid á Cristo y os dejaré ir en libertad.—¿ Cómo podriamos maldecir á nuestro Redentor y á nuestro Rey?—¿ Qué es ese Redentor crucificado, á quien no se puede agradar sino renunciando á todos los placeres? Dejad esa vana supersticion, para gozar de los favores del emperador y de las dulzuras de la vida.—Entre nosotros, el alma manda y el cuerpo obedece, porque si los deleites halagan los sentidos, tambien corrompen y matan las almas.—¿ No sabeis que yo puedo entregaros al momento al suplicio?—Serémos dichosos de llegar por medio del sufrimiento á la perfecta justicia.—Ya conoceis las órdenes del emperador: ¿ queréis obedecerlas?—¿ Somos cristianos!" A estas palabras, el pueblo furioso lanza gritos de muerte. Entonces el magistrado pronuncia esta sentencia: "Que los sacrílegos mueran para ver-

gar á los dioses y á las leyes." Al punto los verdugos se apoderan de los sentenciados: los unos son clavados en la cruz, los otros estendidos sobre los braseros; estos son sumergidos en calderas de pez hirviendo, aquellos reciben plomo derretido en la boca. Se les desgarran las carnes con garfios de hierro, se les queman las heridas con planchas ardiendo; introdúcese puntas aceradas en los parajes mas sensibles; se estudia, en una palabra, con un arte infernal el modo de variar, multiplicar y prolongar los sufrimientos, y la multitud aplaude frenética. Pero los santos confesores de Cristo sufren sin quejarse, y como Él ruegan por sus perseguidores y por sus verdugos. En medio de la multitud, sin embargo, pueden distinguir algunos amigos que, con las manos juntas y los ojos elevados al cielo, los alientan con esta actitud de esperanza. ¡Desgraciados de estos si les sorprenden sus simpatías y sus lágrimas! ¡Ellos tienen un lugar señalado al lado de las víctimas cuyo suplicio lamentan!

Pasemos ahora al anfiteatro: allí se agolpa una multitud nueva y mas escogida. Las matronas ataviadas con un lujo extraordinario, seguidas de sus hijas y de sus hijos pequeños en traje de fiesta, se sientan en primera línea. Detras se colocan hombres de Estado, dignatarios, sabios, guerreros y despues el resto de los ciudadanos que el recinto puede contener. La alegría se pinta en todos los semblantes, la risa corre sobre todos los labios: los ojos brillan con la expansion de las almas satisfechas; no se oye mas que el agradable murmullo de una alegre conversacion. ¿Acaso artistas afamados van á representar sobre la arena los altos hechos de los tiempos antiguos ilustrados por la musa de algun gran poeta? Os engañais. Los artistas que espera ese pueblo son leones, tigres, leopardos y panteras; lo que quiere contemplar no es el noble cuadro de las hazañas de sus padres, la representacion seria demasiado insulsa para sus sentidos enmohecidos, y el recuerdo de sus virtudes sencillas y severas vendria á importunarlos en el seno mismo de su molicie. Lo que

ese pueblo necesita para su placer, es sangre, sangre humana que van á derramar á sus ojos las bestias feroces.

En efecto, se ve llegar una procesion de pálidas víctimas, debilitadas ya por precedentes sufrimientos: en medio de ellas yo distingo una jóven que apenas acaba de salir de los dolores del parto, apoyada en el brazo de su amiga, á la cual se acaba de arrancar tambien el niño que amamantaba su seno. Los mártires se abrazan para despedirse, y radiantes de esperanza se muestran el cielo donde se encontrarán muy pronto. Entonces se suelta sobre ellos á las bestias hambrientas y la carnicería comienza. ¿Quién podrá describir el horror de semejante espectáculo, de pintar esos miembros arrancados, esos cuerpos destrozados, esos girones de carne humana disputados, esos hombres devorados vivos y arrastrados por las fieras sobre la arena ensangrentada? A la vista de esa sangre que corre á raudales el pueblo bate las manos y esclama irónicamente: "*¡Helos ahí bautizados segunda vez!*" El combate dura largo tiempo: la bestia feroz juega con su presa; la abandona despues de haberla mutilado, vuelve á ella y la hace sufrir mil muertes: mientras les queda un soplo de vida, los mártires oran y se exhortan mutuamente á perseverar en la fé; ellos se consideran como la ofrenda que debe purificarse por el sacrificio para ser digna de esponerse en el altar de Dios!

Entretanto, si las bestias, saciadas de la carnicería han perdonado algunas víctimas, el pueblo del anfiteatro mas sediento de sangre no se privará de las emociones de su suplicio. Él llama á los gladiadores, y la crueldad acabará con el hierro homicida á los que habian respetado el diente de los tigres y de los leones. Cuando la matanza ha concluido porque no queda ya nadie á quien matar, la multitud satisfecha abandona el anfiteatro alegremente, recordando las peripecias de este horrible drama.

Apresurémonos á dejar á estos bárbaros civilizados, y vamos á contemplar en las prisiones un espectáculo no menos

triste, pero adonde no nos seguirán los clamores de esa multitud implacable. Necesitamos descender hasta el fondo de los mas negros, mas húmedos é infectos calabozos. Allí están encerrados los cristianos que han cansado el brazo de los ejecutores; los que han atormentado sin hacerlos morir, para experimentarlos mas tiempo y atormentarlos de nuevo; los que en fin, esperan el dia de su suplicio. Sus manos y sus piés están cargados de cadenas; grandes trozos de madera pasados en derredor de su cuello pèsan sobres sus hombros y crueles trabas quebrantan sus piernas. Algunos, cuyo cuerpo no es mas que una llaga, están desnudos y acostados sobre pedazos de concha ó vidrio cascado: se les rocía con vinagre para enardecer sus heridas. Otros están abandonados á una lenta agonía, ó á los tormentos del hambre y de la sed. Algunas veces, por una refinamiento de barbarie, se les cura con esmero á fin de restituirlos á la vida y hacerles sentir el bienestar de la salud para luego espantarlos con la perspectiva de un nuevo combate. Pero no se oyen entre ellos gritos, quejas ni gemidos: sufren con una paciencia admirable rindiendo á Dios gracias y alabándolo con cánticos santos. Los sacerdotes consagran el pan sobre su pecho ó sobre la mano de los diáconos y hacen descender en medio de ellos á la Víctima augusta del Calvario que les alimentará y les sostendrá con su virtud divina. Los infieles que se les acercan, los carcéleros, los mismos soldados que los custodian se conmueven á la vista de tan sublime resignacion, y muchas veces sintiendo nacer en ellos el deseo del martirio, se convierten y piden el bautismo. Tanto se teme la fuerza de la palabra de estos hombres debilitados, aniquilados por el dolor, que no se deja penetrar hasta ellos sino á sus parientes, á sus amigos cuyas lágrimas y tiernos discursos puedan conmover su constancia, y vengan á ser una tentacion mas peligrosa que los mismos tormentos. Entretanto, la Iglesia no los olvida. A fuerza de paciencia, de dinero, de ingeniosos artificios, los fieles se hacen abrir las puertas de los calabozos, y

llevan á los santos prisioneros consuelos, alivios y exhortaciones. Ellos besan sus cadenas, curan sus heridas, oran con ellos y se animan con su ejemplo á volar mas pronto al martirio. "Ilustres confesores de Jesucristo, esclama Tertuliano, en la prision halla un cristiano las mismas delicias que los profetas gozaron en el desierto. Cambiad el nombre y no es mas que un lugar de retiro donde el espíritu viaja en libertad; no bajo las espesas sombras ni bajo las largas bóvedas de los pórticos, sino en las espaciosas sendas que conducen á la patria celeste. Cuando el alma está en el cielo, el cuerpo no siente el peso de las cadenas: ella se lleva consigo todo el hombre."¹

Si salimos de estas prisiones, admirados de oír por la primera vez los acentos de la virtud, y purificados de sus tinieblas y de sus exhalaciones perniciosas por una luz y un perfume celeste, nuestra alma, un momento arrebatada á la tierra, volverá á ella bruscamente al ruido del tumulto y de los gritos de muerte. El populacho amotinado contra los cristianos, los persigue en las calles con injurias y ultrajes; él los aprehende, los apedrea, los entierra vivos, los ahoga en los rios. "¡Huyamos, diréis, huyamos del espectáculo de tantos horrores!" ¿Pero adónde huir? Los caminos están cubiertos de cristianos mutilados, encadenados, maltratados; con la frente marcada con un hierro candente, como esclavos del público, á los que se relega á las islas salvajes, se deporta á los paises bárbaros, ó se envia á morir al fondo de las minas ó en los trabajos mas penosos del Estado. Apenas refugiándose en la soledad de los desiertos se evitaria la vista de estos espantosos escesos de persecucion. No es en efecto en una sola ciudad en donde pasan estas escenas de torturas, de suplicios y de asesinatos; es en todo el universo conocido; en Italia, en las Galias, en las Españas, en las provincias del Africa, en Grecia, en Egipto, en Siria, en Mesopotamia, en Persia, en Roma, en Leon, en Paris, en Zara-

¹ Epíst. á los mártires.